

MADRE

El cielo no se ha encendido, pero Elisa ya está casi despierta. Se deja pasear de un lado al otro del duermevela antes de que llegue su madre y ventile la habitación con su presencia de torbellino. La oye trajinar fuera mientras la aviva dentro, ¡venga, Elisa, que vas tarde! y ella corre hacia el puerto, pero cuando llega es la escuela y se transforma en la maestra hasta casi ser idéntica a doña Gloria, tan espigada, no, tan pulcra, tampoco, tan, tan, tan...la palabra que busca no aparece en su cabeza o quizá no existe, pero no se rinde. Tal como un cedro en medio del claro, se dice por fin y, aligerada, puede transformarse en pájaro y sube tan alto que se pierde entre las nubes. Unas voces la terminan de separar del sueño. Siente el cuerpo recocado y atrapado en el colchón, como si se le hubiese espesado por exceso de descanso. Los ojos intentan enfocar, pero con la ausencia de luz, el olor lo va ocupando todo. No reconoce el olor de las sábanas y eso la hace sentirse desubicada, una forastera que ha cruzado la frontera sin darse cuenta. Como un animalillo perdido en la bruma, se encoge y espera. La madre no llega y Elisa empieza a sentirse a la deriva.

Por fin comienza a azulear una esquina de cielo. Elisa busca con atención entre los contornos que van dejando las sombras al retirarse. En la neblina cree diferenciar una butaca, una silla de noche, otra cama. Nada especialmente reconocible, ni un jarrón, ni una caja, ni una figurilla de cerámica. El claroscuro no le muestra nada que pueda considerar suyo y el peso de la manta empieza a parecer una trampa. Sería fácil calmarse si no fuese por lo que acaba de percibir en la otra cama. Un bulto. Un bulto

que se mueve. Elisa se dice que igual le han metido a su hermana pequeña en la habitación. Evalúa el bulto de la otra cama y le parece muy grande para ser Aurora. Aún así la llama, bajito, Aurora, Aurora, ¿dónde estamos? Solo la luz contesta abriéndose paso entre los objetos, señalando sus defectos, su frialdad, su desconcierto. Hay algo engañoso en esa la habitación que, sin estar muy llena, parece abarrotada. No reconoce el lugar y, sin embargo, la disposición de las camas y las mesillas es tan convencional que podría ser cualquier sitio: su habitación, un hostel, un convento, un hospicio, el internado. Por fin, algo llama su atención, debajo de la otra cama descubre dos roedores agazapados. ¡Mamá, ven!, grita Elisa mientras encoge los pies con asco. Su madre no acude y los ratones no pueden moverse porque, ¡qué tonta!, en realidad son unas zapatillas negras. El amanecer sigue saturando la estancia de elementos (una botella en la mesilla, una televisión en la pared, cruces azules salpicadas en la colcha) que en la mente de Elisa no aportan nada al conjunto. El conjunto es una humareda gelatinosa que no se deja penetrar. Elisa se siente como un pintor añadiendo detalles en su lienzo en un esfuerzo por camuflar la falta de la técnica de la perspectiva. Por fin llega una pista clave: lo que parecía un butacón resulta ser una silla de ruedas. Mira a la cama de al lado y, por fin, entiende. Es la abuela. La han metido en la habitación de la abuela Asunción. Elisa pensaría que ha resuelto el enigma si no fuese por ese olor tan extraño. Algo no va bien en esta nebulosidad. Algo no es lo que parece. No es capaz de ver el engaño, pero sabe que sigue ahí. Lo huele. ¡Mamá! Se gira hacia su espalda por primera vez y ve una puerta entreabierta. Intenta incorporarse, pero su pierna derecha se comporta como un ancla y no parece dispuesta a dejarse arrastrar. El miedo o el enfado se le escapan por la boca. Su propio grito la asusta. Ni siquiera esa voz desgastada parece suya. El cuerpo de la cama de al lado se agita, se aclara la garganta, suspira con

el aire justo del que tiene que empezar un nuevo día sin ganas, parece que alguien va a hablar, pero nadie llega a decir nada.

Dos mujeres de blanco entran y la atmósfera del amanecer se diluye en la iluminación artificial de los focos del techo. Elisa ya no quiere levantarse. Quiere volver al instante anterior, a la luz dorada del amanecer, a la cama caliente, pero la mujer más alta tiene prisa y la destapa. Elisa cierra los ojos y se hace la dormida.

Despierta, Elisa, es hora de levantarse, le dice.

Que no. Decidle a mamá que hoy no quiero ir.

La escuela, la vendimia, la fábrica, ¿es que nunca se acaban las labores? Le explicará a su madre que tiene algo en el pie, que se le ha enfermado y no va a llegar caminando ni al portón de la finca. Las dos mujeres de blanco hablan entre ellas mientras le quitan la ropa, la hacen rodar de un costado a otro mientras le pasan una esponja húmeda por todo el cuerpo. En sus manos se siente como un fardo frágil por fuera, pero inerte por dentro. Se pregunta por qué no viene su madre a lavarla. Se aferra a la posibilidad de que sea su madre la que duerme en la cama de al lado. Querría pedir una explicación a las mujeres de blanco, pero le da vergüenza hacer la pregunta y miedo escuchar la respuesta. Ellas la secan, le echan crema. Sentirse limpia la calma. Presiente que su madre está cerca. Después la visten con unas prendas idénticas a las que tenía puestas y le ponen unas zapatillas pardas, tristes y feas. No las quiere. Que pregunten a su madre dónde están las suyas.

Venga, Elisa, corazón, que se nos hace tarde.

Les nota la paciencia perdiendo elasticidad, como el globo que se está hinchando de más y puede reventar en cualquier momento. La aúpan y la sientan en una silla. Elisa se calla, pero les pone su cara de a mí no me engañáis.

Ya veréis cuando se lo diga a ma...

Antes de que pueda seguir hablando, le ponen una taza delante y un panecillo en la mano. Como un resorte, Elisa moja, mastica, traga. La nube perplejidad sigue ahí, pero parece menos sólida. Cuando termina y levanta la vista del desayuno, descubre que al otro lado de la cama hay una vieja que come en silencio.

¿Quién es la vieja?, le pregunta a la mujer que recoge su bandeja.

Es Carmen, tu compañera.

Buenos días, Elisa, dice la vieja.

Elisa no sabe de qué se puede hablar con las viejas así que piensa en qué le diría si fuese su abuela Asunción.

Me duele la pierna, dice Elisa.

A mí también, dice la vieja.

En seguida os ponen la analgesia y ya veréis que rápido os alivia, dice la mujer que está haciendo las camas.

Quiere preguntarle a la vieja quién es, dónde están, quién las ha traído, pero le da sonrojo.

Al salir, las mujeres le dan al interruptor que apaga el techo y deja el sol encendido. Entonces ve una figura conocida que se asoma. Mamá, la llama. La sombra azulada de su madre agita una mano, ¡hola, Elisa!, pero pasa de largo y se acerca a la vieja de al lado. Venga Carmen, que toca mover ese esqueleto y se la lleva caminando con un bastón. Luego vengo a por ti, le dice a Elisa antes de salir. Elisa no quiere quedarse sola.

Intenta levantarse de la butaca, pero la pierna izquierda no parece ser suya.

¡Mamá! ¡Quiero volver a casa! ¡No me dejes aquí!

Dice *aquí* aunque no sabe qué clase de significado contienen esas cuatro letras. Aquí, entre dos camas. Aquí, en un hospicio o un internado o un balneario o el manicomio. Aquí, en una realidad que es como estar en el envés en un velo.

Elisa se rinde con el *aquí* y empieza a buscar el *ahora*. Encuentra un reloj de pulsera en su muñeca. Marca las nueve y cuarto, pero las nueve y cuarto de qué. En la ventana hay un árbol frondoso. Si fuese un arce, el verdor podría significar que es primavera. Elisa mira atentamente, pero sólo distingue un baile de hojas que termina por amodorrarla. Cuando vuelve a abrir los ojos está siendo propulsada en una silla por un pasillo. La dejan en una sala, verdosa pero blanquecina, metálica pero acolchada. No dispone de las palabras adecuadas para describir esa mezcla de cortinillas, de barras paralelas, de colchonetas, de poleas, de lastres. Examina la habitación que no conoce ni entiende: no es la granja, no es la estación, no es el aula, no es la iglesia. No es ningún sitio donde haya estado antes. Entonces reconoce al fondo unas espalderas y se tranquiliza. Después de todo, la han traído al gimnasio de la escuela.

¡Buenos días, Elisa! ¿Qué te parece si nos pasamos a la camilla?, dice una señora con el pelo rizo.

A ella no le parece nada porque no la conoce ni a ella ni a la camilla, pero preferiría no moverse de la sensación de confort que le da la elasticidad de su asiento. La desconocida le ofrece una mano, tracciona levemente y sin darse cuenta se ha levantado de la silla y se ha sentado en la camilla.

Ahora, Elisa, ¿nos tumbamos?

Me tumbaré yo, ¿no? Aquí no cabemos las dos.

Claro, tienes razón, ríe la mujer, eres tú la que te tienes que tumbar para que pueda echar un ojo a ese tobillo... si te parece bien.

Pues tendrá que parecer.

La mujer de pelo rizo empieza a moverle el pie, a frotarlo, a amasarlo y entonces Elisa consigue reconocer esas manos. Ese pelo rizado, qué tonta. Es mamá. Mamá ayudándola a curar una torcedura. Mamá, que le roza el pelo, le sonrío y le dice, ahora a levantarse, Elisa, que es hora de dar unos pasos.

Pero es que, mamá, me duelen las piernas.

Elisa, ya sabes que no soy tu madre.

Elisa asiente sin mucha convicción. Aunque diga que no es su madre, nota en sus manos que podría serlo.

Y si no eres mi madre, ¿quién eres entonces?

Soy Rebeca, tu fisio, ¿recuerdas? La que te está tratando la operación de la pierna.

Elisa mira la cicatriz que le atraviesa el lateral de la canilla y se encoge de hombros. A lo mejor no miente. La señora que se parece a mamá, aunque no lo es, la pone de pie y empieza a darle instrucciones: levanta la punta, pasos largos, estira la rodilla un poco cuando des el paso, un poco más rápido.

¡Genial, Elisa! Hoy vamos a probar la bicicleta, le dice su madre que dice no ser su madre.

Pero si yo nunca he montado en bicicleta, dice asustada.

No te preocupes, Elisa, esta es estática así que no vas a caerte.

La sientan en una silla con manillar, pero no ve las ruedas por ninguna parte.

Es una pedaleta, Elisa, para que se te ponga mejor la pierna y el corazón.

Elisa no entiende que qué tendrán que ver esos pedales que le han puesto delante y el corazón, pero da igual, se siente tan contenta de poder montar en bicicleta por primera vez a sus años. ¿Qué edad? Se mira las manos arrugadas y llenas de manchas y le parece que está a punto de entenderlo.

Mamá, ¿cuántos años tengo?

Tienes ochenta y seis años, Elisa, pero estás hecha una jovencita. ¡Mira qué bien pedaleas!

Elisa siente una oleada de euforia que sube desde sus piernas. La pierna ha ido dejando de doler con el movimiento y se siente como si estuviese a punto de despegar. Se le escapa una risa y piensa, yo, pedaleando, ¡con ochenta y seis años! Y nota como al final de la risa, el corazón se le congela, ¡tantos años! ¡Cómo es posible! No los recuerda. ¿Quién se los ha robado? ¿Dónde se los han escondido? Ella tendría que haber terminado la escuela, haber estudiado para poder ser como su maestra, doña Gloria. Una espiga de luz entre la hierba. Y, sin embargo, aquí está, con la cabeza vacía, bombeando sangre muerta al corazón. Afloja el ritmo. Entonces la mujer que dice no ser su madre se pone a cantar. Es su madre, ¡claro que es su madre! Se deja contagiar por esa melodía tan conocida y vuelve a acelerar.

A dónde vamos, mamá.

Elisa, cielo, no soy tu madre. Soy tu fisio, ¿recuerdas?, la misma que te hace caminar todos los días un poquito.

¿Qué es una fisio?

Pues mira, un poco como tú, una especie de profesora, pero de la salud, del movimiento.

¿Yo soy profesora de movimiento?

No, de movimiento no. Tú eras maestra. Nos diste clase a medio barrio.

La mujer que pretende no ser su madre se pone a tararear otra vez. Elisa se siente removida por la música, casi puede sentir a su madre cantando en la cocina, cantando en la huerta, cantando camino del mercado.

Si no eres mi madre, dice Elisa, ¿cómo conoces nuestra canción?

Porque tú nos la enseñabas en clase, ¿no te acuerdas? Nos la hacías cantar haciendo un... ¿cómo se llamaba? Dividías la clase en cuatro y cada grupo empezaba a cantar un poco más tarde.

¡Un canon!, dice Elisa que siente que la niebla de dentro se debilita, que una brisa levanta la bruma de su cabeza como si fuese una cortina al viento y se ve en la escuela, dirigiendo treinta caras tensas para no perder el ritmo. No todas la miran, pero ella las mira a todas. Y siente que por fin ha conseguido iluminar la esquina de un laberinto interno.

Sí, dice, yo era maestra.

Pues lo eras y de mis preferidas. La mujer que se parece a su madre le pasa una mano por la mejilla. Ahora descansa que tenemos que darle una sorpresa a alguien que todavía no te ha visto caminar. La profesora de movimiento sale por la puerta y entra acompañada.

Entonces ve llegar a la persona con la cara que más quiere del mundo y los restos de angustia se despejan. Siente ese plumazo de amor, de felicidad, de reconciliación, un torbellino de alegría y consuelo que la arrasa. Por fin, su madre, con las primeras canas, su madre con su sonrisa de temporal, su madre, con su presencia de hogar, de raíz, de pertenencia. Su madre la sonrío, se acucilla a su lado, le da un beso y le dice: hola mamá, ¿qué tal pasaste la noche? ¿Rebeca te ha hecho trabajar mucho? ¿desayunaste bien?

Por fin el sol la penetra y la niebla deja un claro lo suficientemente amplio para escapar de la desmemoria. La caída, la ambulancia, el hospital. Y, por un rato, conoce todo lo que necesita del presente, que tiene delante a su hija, que su memoria se está apagando pero que en este aquí y en este ahora la cuidan y la quieren y que eso es lo más parecido que hay a volver a casa.